
El colapso de las Naciones,

Leopold Kohr

167

Luis González Reyes

Rusofobia. ¿Hacia una nueva guerra fría?,

Robert Charvin

169

Salvador López Arnal

Mujeres y poder,

Mary Beard

171

Ramón Arteaga Escribano y Elena Godoy Baeza

Not enough: human rights in an unequal world,

Samuel Moyn

173

Diego Escribano Carrascosa

Ciudades en movimiento,

J. L. Fernández Casadevante *Kois*, Nerea Morán y

Fernando Prats

175

Ángela Matesanz

EL COLAPSO DE LAS NACIONES

Leopold Kohr

Virus, Barcelona, 2018

414 págs.

Virus ha editado en castellano *El colapso de las naciones* de Leopold Kohr. Aunque es una obra de 1957, continúa siendo interesante y su lectura es actual (lo que está facilitado por las notas de la traductora). Su tesis principal es que la causa de todos los males humanos es el tamaño de las unidades políticas.

Empiezo con las carencias que considero que tiene el análisis. La primera es que creo que intentar explicar con un único factor tan complejo como las sociedades humanas, aunque sea solo en uno de sus rasgos como es la dominación, es imposible.

En el libro, Leopold Kohr rechaza que el sistema económico forme parte de las causas de la miseria social. En concreto, el capitalismo. Modestamente, creo que no entiende qué es y cómo funciona nuestro sistema socioeconómico. Una muestra es que califica a la URSS como no capitalista, pero sobre todo que no entiende la necesidad de acumulación, la proletarianización como herramienta de control social, el imperativo del crecimiento o las implicaciones de la mercantilización social y del incremento de la dimensión del mercado (lo que le permite, por ejemplo, defender la unión aduanera que se produciría años después de su libro en la UE).

También argumenta que el orden político no contribuye a los males sociales. Nuevamente, considero que no entiende lo que es el Estado. No comprende su creación y funcionamiento como sistema de dominación. Por ello, en un momento de la obra argumenta cómo sería posible su disolución voluntaria o muestra a Suiza como un ejemplo a seguir.

Así mismo descarta la cultura como elemento que desempeñe algún papel en la dominación humana. Para hacerlo, usa muchos ejemplos de distintas culturas, pero todas ellas se basan en la dominación. El texto adolece de una mirada

temporal y antropológica más amplia en este sentido.

Usa la física para explicar el orden social llevando las analogías demasiado lejos, pues las sociedades humanas no solo se rigen por las leyes de la termodinámica, por más que no puedan escapar de ellas. Pero, a la vez, carece de una visión biofísica de las sociedades y los límites ambientales no están ni presentes entre los factores a considerar para explicar las relaciones de dominación.

Finalmente, el libro no nombra otros sistemas de dominación fundamentales que operan en el plano micro (pero no solo). Entre ellos destaca el patriarcado. En él, las relaciones de poder se articulan desde lo pequeño, no solo desde lo macro, lo que es un desafío a la tesis del autor de primer orden, que el libro no contempla.

Pero dicho todo esto, el libro merece la pena. La tesis central que sostiene, por más que en solitario no pueda explicar las relaciones sociales asimétricas actuales, es imprescindible considerarla en el marco analítico. El gigantismo no lo explica todo, pero sin este factor tampoco podemos entender lo que sucede. Por ello, este es un libro que hay que leer.

La idea básica de Leopold Kohr es la «teoría del tamaño, que sugiere que tras toda miseria social hay una sola causa: la magnitud». Por una parte, argumenta que los problemas crecen en proporción geométrica, pero la habilidad de las personas para lidiar con ellos lo hace en aritmética (en el mejor de los casos). De este modo, anticipa la ley de rendimientos decrecientes que después usaría Joseph Tainter en *El colapso de las sociedades complejas* (2003).

Pero la cuestión va mucho más allá de problemas que se van haciendo cada vez más inmanejables, pues la clave es que: «Nadie podría perpetrar atrocidades sin el poder para hacerlo. Pero esa no es la cuestión. El quid es que la proposición también funciona a la inversa. Cualquiera que disponga de poder, al final, acabará cometiendo las atrocidades correspondientes».

Un elemento central para que esto último suceda es la «ley de sensibilidad decreciente, según la cual cada sucesiva comisión de un crimen carga sobre su perpetrador un menor sentimiento de culpa, disminuyendo a la vez el grado de sorpresa de la población en general. Esto llega tan lejos que cuando el mal comportamiento alcanza el estadio de la comisión en masa este entumecimiento y complejidad general pueden instalarse de tal manera que los asesinos pierden todo sentido de su criminalidad y los observadores toda noción de crimen».

Las relaciones de dominación se desatan cuando se alcanza una «cantidad crítica», que es «todo aquel volumen de poder que confiere inmunidad frente a la represalia». Por ello, en muchas partes de la obra el autor señala la importancia de tener contrapoderes, lo que es mucho más fácil cuando más pequeñas sean las entidades, sobre todo porque esto permite que todas tengan contrapoderes y no solo las más débiles.

No solo es necesario alcanzar la cantidad crítica, sino que la entidad sea consciente de ello: «la creencia de que el volumen crítico de fuerza ha sido efectivamente alcanzado».

Esta cantidad crítica depende de dos factores fundamentalmente. Por una parte, la densidad («correlación entre la población y el área geográfica») y por otra la velocidad («extensión de su integración administrativa y su progreso tecnológico»). Pero también influye la distancia física entre las entidades (la dominadora y la dominada), pues «el poder efectivo disminuye a medida que aumenta la distancia».

La tesis que defiende el libro conlleva una visión antropológica negativa del ser humano, pues en cuanto tiene la posibilidad (piensa que es inmune) se lanza a controlar a sus congéneres. Para poder tener visiones más poliédricas de la naturaleza humana es necesario introducir una mirada compleja de la dominación, lo que requiere rescatar el papel de los sistemas económicos, políticos y culturales, algo que el autor descarta.

En coherencia con su tesis, Leopold Kohr defiende que la solución a la desigualdad y el sometimiento es la división, la desunión.

Propone partir los Estados grandes en pequeños. Aunque no se sale del marco estatal, a veces, cuando habla de Estados muy pequeños parece referirse casi a organizaciones no estatales, es decir, sin escisión de un estrato social para el mando. Desde ahí se puede entender su afirmación de que los Estados pequeños son «por naturaleza internamente democráticos». En contraposición sostiene que cualquier Estado grande es imposible que sea democrático.

En esa situación no dejarían de existir guerras, pero serían mucho menos sangrientas. Su opción no es entre la paz y la guerra, sino entre las guerras grandes, y las pequeñas y territorializadas, pues, como he señalado, su visión del ser humano es de un animal dominador por naturaleza.

El libro, además de esta indudable aportación para identificar el gigantismo como uno de los elementos claves del orden social desigual, lanza algunas ideas que fueron muy visionarias para su época. Por ejemplo, critica el consumismo y la velocidad como indicadores de calidad de vida: «lo que estadísticamente tenía aspecto de progreso equivalió realmente a la disminución del nivel de vida», «¿desde cuándo la creación de nuevas necesidades es un signo de progreso?», «exceso de crecimiento». Esto, junto a su tesis principal, indudablemente influyeron en su discípulo Ernst Friedrich Schumacher para escribir *Lo pequeño es hermoso* (1973).

También adelanta los problemas que ahora son palpables de una UE compuesta por potencias desiguales (por entonces solo existía la CECA, la Comunidad Europea del Carbón y de Acero).

Por último, lanza la predicción de que el final al que se encaminan los Estados es a una fusión imperial. Así plantea que EEUU y la URSS se convertirían en las únicas superpotencias de las cuales solo terminaría quedando una. Pero que esa fusión imperial sería el antecedente del colapso de las naciones.

Luis González Reyes
Miembro de Ecologistas en Acción

RUSOFOBIA. ¿HACIA UNA NUEVA GUERRA FRÍA?

Robert Charvin

Vilassar de Mar (Barcelona), El Viejo

Topo/Investig'Action, 2018

194 págs.

La estructura del nuevo libro de Robert Charvin es la siguiente: Introducción. Capítulo 1: Rusia vista desde Occidente. Capítulo 2: El juicio hecho a la Resistencia. 3. Capítulo 3: El caso Vassili Kononov. Conclusión: ¿Hacia una nueva guerra fría? Notas.

En las páginas 193-194 se nos presenta brevemente al autor de este ensayo. Nacido en 1938, Robert Charvin [RC] es profesor emérito de derecho en la Universidad de Niza Sophia-Antipolis. Está especializado en relaciones internacionales y en temáticas relacionadas. Salvo error por mi parte en el cómputo, es autor de 30 libros.

El prologuista, Michel Collon —no nos deberíamos perder su texto— es uno de las aristas esenciales de Investig'Action. Es conocido por sus numerosas e interesantes intervenciones en revistas y diarios de izquierda.

Falta, en mi opinión, un índice nominal y analítico, tal vez un glosario de términos e incluso una cronología básica.

Tengo dudas sobre si la estructura del libro es la mejor.

Lo esencial no es eso en todo caso. Es esto:

Si usted des Cree de los principales medios de intoxicación occidentales (y algunos orientales), con las matizaciones que sea razonable hacer, cuando presentan a Rusia como perfecta encarnación del mal, del diablo o del horror, como el gran peligro a exterminar, como la amenaza real o muy real que debemos tener siempre presente.

Si usted observa que, independientemente de que el sistema económico imperante en Rusia es similar al de otros países occidentales (un neoliberalismo con, acaso, una mayor presencia de lo público en algunos sectores y con algunas conquistas sociales de los años socialis-

tas —o lo que fueran— no liquidadas), Rusia sigue siendo el enemigo (o uno de los enemigos) a batir y, a ser posible, destruir, como en tiempos de la hace décadas extinta Unión Soviética.

Si usted ha tomado conciencia de que lo puede significar que las bases *otánicas* rodeen el espacio ruso, por este, sur y oeste, mientras que, como es evidente (y más que correcto), Rusia no sitúa base militar alguna en la frontera *usamericana*.

Si cree usted que está en marcha, desde hace varias décadas, una auténtica revisión del papel de la URSS en la II Guerra Mundial y de los militantes y revolucionarios comunistas democráticos de la resistencia antifascista-comunista.

Si opina usted que el interrogante con el que Michel Collon abre su prólogo —«¿Hay que odiar a Rusia o reflexionar?»— es más que pertinente y tan elemental como el aire que respiramos.

Si usted tiende a pensar que las noticias que le llegan de Letonia (un ejemplo entre otros) tienen mucho que ver con el triunfo del neofascismo (o, más directamente, del nuevo fascismo a secas).

Si usted sospecha que la diabolización, creciente e ininterrumpida, de Rusia no es un tema de azar o de equivocación menor o de «algunos alocados», sino asunto muy diseñado en las altas esferas imperiales, con intelectuales de altos vuelos en coordenadas de planificación, diseño que en última instancia aspira a la liquidación o desmembramiento de Rusia como nación.

Si conoce algo del caso Kononov y lo que conoce le pone de los nervios y enciende todas sus alarmas humanistas, democráticas, intelectuales y antifascistas.

Si la mirada de algunos historiadores occidentales (también la de algunos rusos) le parece cualquier cosa menos un verdadero relato histórico, una auténtica aproximación objetiva, máximamente rigurosa en el decir de Ángel Viñas, a la historia rusa, tan conflictiva como casi todas.

Si le enerva que la historia de Rusia sea vista y difundida como encarnación de la barba-

rie, una barbarie siempre de los otros y nunca nuestra.

Si no está dispuesto a admitir que la revolución de octubre se convierta, con toda la ligereza e irresponsabilidad del mundo, en un muy cruento e irresponsable golpe de Estado de una pandilla de fanáticos comunistas irresponsables.

Si ven ustedes síntomas claros de que una nueva guerra fría, tan perversa como la anterior, está levantándose aquí y allá.

Si usted opina que muchos que hablan de derecho internacional se lo pasan por la entrepierna cuando se trata de Rusia y sus intereses y, de hecho, hablan por hablar, es decir, hablan sin conocimiento de causa o por decir A donde sería justo decir Z.

Si piensa usted que, a día de hoy, Rusia es, fundamentalmente, un país agredido y no un país agresor.

Si usted también cree que Rusia no representa hoy una verdadera amenaza prácticamente para ningún país y que cuando ha intervenido más allá de sus fronteras es cuando –y solo cuando– se ha visto acosada por tierra, mar y aire, y por la derecha, la izquierda o el sur.

Si opina usted que filósofos como Bernard Henry Levy son intelectuales orgánicos, muy bien remunerados, del sistema neoliberal, especialmente cuando lanzan sus injustificadas diatribas contra el diablo ruso y su barbarie antioccidentalista.

Si observa mucho de racismo y supremacismo cuando se habla y opina sobre Rusia.

Si piensa usted que, pensando objetivamente, en asuntos de geopolítica el papel de Rusia (como el de China) no es ni de lejos equivalente al del imperial imperio *usamericano*.

Si no ha olvidado usted lo que significaron para la ciudadanía rusa y para muchos otros pueblos, los dolorosos y contrarrevolucionarios años de Boris Yeltsin, y la ubicación de Rusia en el archivo de los trastos que manejar a voluntad del Señor de los Anillos Imperiales.

En fin, si usted reúne estas condiciones (y algunas complementarias probablemente), este

es un libro que debe leer, que no se puede perder. ¡Léanlo y difúndalo!

Innecesario es decirlo: no hay ninguna apología de Putin ni de sus políticas en todas sus caras y aristas, y, por supuesto, nadie piensa que la Rusia de hoy sea un país socialista o una encarnación de Ítaca.

No hay ceguera analítica. Hay un intento justo de aproximarnos a una realidad que no merece desprecio, revisión e insulto.

Me olvidaba: un dato que recojo de un artículo de Poch-de-Feliu («No estamos lejos de los funerales de la OTAN», <http://cxtx.es/es/20180711/Politica/20685/trump-putin-otan-defensa-UE-guerra-fria-rafael-poch.htm>): los gastos militares de la OTAN ascienden a 954.000 millones de dólares, los de Rusia a 66.000 millones (¡unas 14,5 veces más!). Sin embargo, ¡ay!, sin embargo, es la OTAN, EEUU, Occidente, la UE y los grandes poderes los que claman todos los días del mes y del año sobre la «amenaza rusa» y su espíritu belicista. La Alicia carrolliana tenía razón: las palabras significan lo que el poder quiere que signifiquen.

PS. En el mismo trabajo, Poch de Feliu daba cuenta de la siguiente paradoja: «... Es la hora de las incongruencias. Recuerden el caso Skripal. El 5 de marzo un ex agente ruso y su hija aparecieron envenenados por una presunta sustancia nerviosa de uso militar cerca de Salisbury. Al día siguiente se acusaba a Rusia del hecho. En una semana el Reino Unido expulsaba a 23 diplomáticos rusos y a la semana siguiente los países de la OTAN se sumaban a la medida expulsando a decenas de diplomáticos. El agente y su hija se restablecieron. Esta semana ha muerto una persona en la misma zona, donde, en Porton Down, hay una fábrica de armas químicas británica. Su pareja está muy grave. Sin embargo no hay ninguna reacción. ¿Alguien explica algo?».

Salvador López Arnal
Miembro de CEMS (Centro de Estudios
de Movimientos Sociales)
de la Universidad Pompeu Fabra

MUJERES Y PODER

Mary Beard

Crítica, Barcelona, 2018

112 págs.

Caracterizar la naturaleza del poder y su papel en la articulación de formas de vida en sociedad ha sido un problema clásico en disciplinas como la filosofía, la sociología o la teoría política. No obstante, la progresiva incorporación de perspectivas feministas en el ámbito académico ha permitido volver a la vieja cuestión del poder con un interés renovado y muchas preguntas nuevas. A pesar de que la opresión de las mujeres es una de las principales formas en las que el poder ha sido ejercido a lo largo de la historia, hasta muy recientemente había pasado sospechosamente inadvertida ante los ojos de aquellos que se dedicaban a estudiarlo, aquellos que tenían la autoridad discursiva para decir en qué consistía y cuáles eran sus manifestaciones. Y esa autoridad discursiva es precisamente una forma elemental de poder que se le ha negado sistemáticamente a la mujer, gracias, entre otras cosas, a los discursos de los “grandes hombres” de nuestra historia. Por si a alguien le quedaba alguna duda al respecto, Mary Beard lo explica maravillosamente bien en su último libro, *Mujeres y poder*.

En su nuevo trabajo la académica inglesa especializada en estudios clásicos hace un recorrido por los textos fundacionales de la cultura occidental partiendo de una triste premisa que a estas alturas no debería resultar ajena: en lo relativo a silenciar a las mujeres, la cultura occidental lleva miles de años de práctica. Con una mirada distante que permita «superar el simple diagnóstico de “misoginia” al que recurrimos con cierta indolencia» (p. 18), la autora se adentra en las grandes obras literarias del mundo grecorromano para señalar que, en la misma medida en que los autores clásicos fijaron un canon cultural que en muchas ocasiones reivindicamos y del que nos sentimos herederos, también fijaron un canon de exclusión de la

voz de la mujer en la esfera del discurso público que se ha ido reproduciendo hasta nuestros días.

Ya en la *Odisea* de Homero, a partir de una confrontación entre Telémaco y su madre Penélope, se establece explícitamente quién tiene derecho al discurso público acreditado –*mythos*– y quién debe confinarse a las tareas domésticas; pero hay otras formas más sutiles en las que la ideología androcéntrica ha calado en el imaginario colectivo a través de lo cómico y lo metafórico. Así, Mary Beard desmantela también el discurso androcéntrico que subyace a obras como *La asamblea de las mujeres* de Aristófanes, comedia que explora las posibilidades de un Estado gobernado por mujeres, o las *Metamorfosis* de Ovidio, donde el proceso de transformación de las mujeres acaba por silenciarlas sistemáticamente al convertirlas en animales o seres inanimados que no poseen el don de la palabra. Con el fin de hacer corresponder estos discursos que negaban la palabra a las mujeres con su realidad contemporánea, Beard acude a otras fuentes literarias, mostrando a partir de los cronistas romanos las grandes condiciones de excepcionalidad que debían darse para que una mujer tomara la palabra y lo limitada que estaba su aportación aun en esas circunstancias. Esto no hace sino reforzar la idea de que la capacidad para el discurso público era un atributo definitorio de la virilidad, idea que estaba presente de forma explícita en los escritos de Cicerón y Aristóteles y que fue retomada y reelaborada en las teorías retóricas del Renacimiento gracias a la celebrada “recuperación” de los clásicos.

Ahora bien, podría objetarse que no somos responsables de lo que los antiguos pensaran, que eso son ideas que se quedaron ancladas en la antigüedad y que no pueden servirnos para entender la opresión contemporánea de las mujeres. Mary Beard parece muy sensible a esta posible crítica y se muestra muy cuidadosa a la hora de tender continuamente paralelismos con el presente, especialmente a partir de la articulación y recepción del discurso público de

figuras políticas como Margaret Thatcher, Theresa May, Donald Trump o Barack Obama. A partir de estas correspondencias se hace evidente que «no somos simplemente víctimas o incautos de nuestra herencia clásica, sino que las tradiciones clásicas nos han proporcionado un poderoso patrón de pensamiento en cuanto al discurso público, que nos permite decidir lo que es buena o mala oratoria, convincente o no, y el discurso de quién merece la pena ser escuchado» (p.31). Así, para entender cómo las mujeres han sido sistemáticamente apartadas de la esfera del discurso público autorizado se debe atender a cómo se ha formado esa figura de poder a lo largo de la historia, pues solo así se podrá identificar los mecanismos concretos que han ido modelando dicha capacidad exclusivamente masculina.

Una forma interesante de arrojar luz sobre el modo en que este traje ha sido hecho a medida para el hombre es observar qué ocurre cuando una mujer lo viste. Para ello Mary Beard toma como punto de referencia la obra *Dellas. Un mundo femenino*, de Charlotte Perkins, donde se relata la historia de un reino poblado únicamente por mujeres en el que ellas mismas son la única figura de poder. Contrastando este relato con la figura de Climenestra en el *Agamenón* de Esquilo, Lisístrata en la obra homónima de Aristófanes o la propia figura mitológica de Atenea, Beard pone de manifiesto que ninguna de ellas encarna una figura de poder característicamente femenina, sino que en todos los casos se da una apropiación de los rasgos masculinos que, casi sin excepción, tiene un final trágico.

Contra esta hegemonía de los rasgos masculinos, es curioso observar cómo algunas mujeres que han ejercido el poder han subvertido esto postulando como símbolos de poder elementos típicamente asociados a lo femenino, entre las que quizá la más icónica sea Margaret Thatcher y su temido bolso. No obstante, si bien esto puede ser una estrategia para explotar el *statu quo* y hacer colapsar ciertos códigos culturales que entrelazan masculi-

nidad y el poder, Beard admite que se necesita un cambio mucho más profundo que modifique de forma sustantiva las estructuras culturales que sostienen cierto canon en torno al poder si se quiere que las mujeres puedan habitar en él de forma constitutiva y no como excepción. A pesar de que a lo largo del libro señala puntos clave que pueden ayudar a identificar distintas formas de opresión y exclusión, Mary Beard se muestra finalmente un tanto lóbrega, afirmando que estamos aún muy lejos de subvertir esas poderosas historias fundacionales del poder que aún hoy impregnan nuestro imaginario y condicionan de forma decisiva las atribuciones de autoridad discursiva.

Quizá el único defecto «estructural» del libro contra el que la propia autora nos advierte es que, a partir de los ejemplos contemporáneos que pone, se da una imagen del poder en relación con el discurso tan estrecha que podría confundirse fácilmente con el mero prestigio público, con lo que se invisibilizan muchas de las situaciones más cotidianas o menos mediáticas en las que las mujeres son privadas de cualquier autoridad discursiva. Dicho esto, lo cierto es que *Mujeres y poder* logra un equilibrio tan difícil como necesario al acercarse a un público sumamente amplio el análisis de un fenómeno tan central e invisibilizado aún hoy con el cuidado y la precisión que caracterizan al buen academicismo. Se trata de uno de esos casos excepcionales en los que la investigación teórica trasciende el ámbito de lo académico y, más allá de afianzar y ampliar horizontes de investigación, proporciona claves para entender nuestra realidad más inmediata y transformarla. Este equilibrio no suele ser siquiera intentado por la mayoría de académicos, quizá demasiado acomodados en ciertas esferas de incomunicación erudita. Afortunadamente, Mary Beard no se encuentra entre ellos.

Ramón Arteaga Escribano y
Elena Godoy Baeza

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad
Autónoma de Madrid

NOT ENOUGH: HUMAN RIGHTS IN AN UNEQUAL WORLD

Samuel Moyn

The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2018

277 págs.

Se trata de uno de los libros más importantes sobre derechos humanos de los últimos años. Probablemente, el más importante.

Cuando la desigualdad económica ha sido considerada como el gran problema contemporáneo, resulta enormemente importante analizar el periodo en el que coincidió el auge de los derechos humanos como horizonte utópico de referencia y tendencias políticas que incrementaron la desigualdad económica.

Resulta una lectura muy recomendable para cualquier persona y, para evitar análisis reduccionistas, debería ser lectura obligada para cualquier persona que haya participado o se plantee participar en el movimiento global de derechos humanos.

El hecho de que sea un historiador quien haya escrito el libro que ha dado lugar a los debates más intensos sobre derechos humanos debería llevar a muchas personas y organizaciones a pensar en la necesidad de incluir nuevas narrativas en el movimiento. El autor, Samuel Moyn, realizó en obras anteriores aportaciones importantes relacionadas con las disputas acerca del origen de los derechos humanos. Parte de una reflexión profunda y continúa en este libro el debate con Philip Alston, con quien polemizó hace algunos años y quien ha asociado el riesgo de falta de credibilidad del movimiento de derechos humanos al carácter subalterno de los derechos económicos, sociales y culturales. Aunque quizás Alston no sea consciente, no resulta descabellado pensar que Moyn comparte buena parte de sus análisis; de hecho, afirma sobre la historia de los derechos económicos, sociales y culturales que esta «casi nunca ha sido escrita» (p.13).

En este libro, centrado en la evolución del movimiento de derechos humanos tras el auge experimentado a partir de los años setenta, realiza un recorrido histórico en el que se analiza la disputa recurrente entre las ideas que aspiraban a eliminar privilegios (basadas en la idea de igualdad) y aquellas propuestas ideológicas (basadas en la idea de suficiencia) que tenían como meta última ofrecer unas condiciones mínimas a toda persona, sin cuestionar el carácter injusto de los privilegios. Sitúa, de forma contundente, los derechos humanos entre las propuestas que pretender ofrecer unos mínimos a todas las personas sin cuestionar privilegios; al menos, sin cuestionar los privilegios derivados de la desigualdad económica.

Se afirma, ya en la introducción, que «nuestra era de fundamentalismo de mercado continúa casi como si el socialismo nunca hubiera existido y como si, en el reino de las ideas, los derechos humanos fueran los estándares más elevados de una sociedad y mundo justos» (p.3).

Al fin y al cabo, señala, si lo único que importa es garantizar un mínimo suficiente «la jerarquía no sería inmoral» (p.4). Analiza cómo las demandas basadas en la idea de suficiencia no llegaron para «complementar sino para desplazar el énfasis en la igualdad» (p.40).

Pone en valor el periodo de descolonización, el cual trae ciertas condiciones de posibilidad para recuperar ciertos debates. En particular, destaca el compromiso con ideales de justicia social de muchos de sus líderes.

Recuerda, sin embargo, que aunque el tratado internacional relativo a la protección de derechos económicos, sociales y culturales fue aprobado en 1966, no jugó un papel destacado en las propuestas distributivas asociadas a los movimientos de descolonización.

Concluye que, en la configuración del orden internacional posterior a la creación de números nuevos estados, la idea de suficiencia volvió a erigirse como vencedora.

De igual manera, el auge del movimiento de los derechos humanos en un momento en el

que existían gobiernos dictatoriales en Europa del Este y América Latina influyó en priorizar cuestiones como la tortura respecto a otras asociadas a nociones de justicia económica.

Pone como ejemplo a los fundadores de dos organizaciones internacionales que fueron importantes en la etapa de auge de los derechos humanos: Peter Benenson fue varias veces candidato del Partido Laborista. Sin embargo, cuando creó Amnistía Internacional, la entendió como «una alternativa al socialismo» (p.122) con un ámbito de actuación reducido en sus inicios al trabajo sobre personas privadas de libertad por sus opiniones políticas.

Arye Neier, quien había sido influenciado en su juventud por el candidato socialista Norman Tommas, cuando fundó Human Rights Watch quiso centrarse exclusivamente en violaciones de derechos civiles y políticos.

Tras citar a Naomi Klein y Orlando Letelier para ilustrar la relación entre el auge del neoliberalismo y la vulneración de derechos humanos, Moyn expresa su convicción de que «a pesar de que comparte el mismo individualismo moral con su rival económico y la misma sospecha por proyectos colectivistas como el nacionalismo y el socialismo, los derechos humanos no fueron la causa de la era neoliberal», mientras que, al mismo tiempo, afirma que los derechos humanos emergieron en una era neoliberal como herramientas débiles centradas en el objetivo de la suficiencia. Así, el proyecto legal y político inspirado en los derechos humanos se convirtió en «un compañero impotente de la explosión de la desigualdad» (p.175).

Mencionará como hitos históricos la Conferencia de Viena de 1993 (en la que se expresa nítidamente la igual importancia de todos los derechos humanos), la creación (también en 1993) de la primera organización global centrada en el trabajo sobre derechos económicos, sociales y culturales así como la atención que dedicó Irene Khan (durante su etapa al frente de Amnistía Internacional) a la relación entre pobreza y violaciones de derechos humanos. De igual manera, se dedica espacio en el libro al

desarrollo de tratados internacionales dirigidos a abordar situaciones de discriminación sufridas por colectivos específicos.

En la parte final del libro pone en valor el hecho de que, aunque de forma tardía, el movimiento de derechos humanos esté superando ciertos prejuicios ideológicos que llevaron a relegar los derechos económicos, sociales y culturales a una posición subalterna. Sin embargo, insiste en que el horizonte ideal que una defensa integral de los derechos humanos puede ofrecer no es suficiente. Al fin y al cabo, si los derechos humanos han sido un «compañero impotente» del neoliberalismo se debe a que «no tienen nada que decir sobre la desigualdad material» (p.216). Ante esas insuficiencias, los derechos humanos se han convertido «en nuestros ideales más elevados» (p.220), mientras la desigualdad económica se mantenía o empeoraba. Moyn aclara, sin embargo, que no piensa que eso haga el activismo por los derechos humanos irrelevante. De hecho, le reconoce un valor importante como herramienta defensiva.

Se trataría, en definitiva, de entender que no son suficientes. Esa es la idea principal del libro: los derechos humanos no son suficientes para construir un mundo justo.

En la pugna histórica entre las ideas de suficiencia e igualdad, Moyn considera necesario que propuestas ideológicas basadas en la igualdad complementen a las que (como los derechos humanos) se basan en la suficiencia. Eso pasa, opina, por reconocer que los derechos humanos no son la única herramienta útil (quizás, ni siquiera la principal) para construir un futuro ideal.

El acercamiento que propone Moyn supone un ejercicio muy recomendable de humildad y, al mismo tiempo, un recordatorio necesario. Se trata, en definitiva, de una obra fundamental, muy sugerente y con el potencial necesario para alumbrar debates de largo alcance.

Diego Escribano Carrascosa

Graduado en Derecho y en Ciencia Política y Administración Pública. Máster en Derecho Internacional de los Derechos Humanos

CIUDADES EN MOVIMIENTO

J. L. Fernández Casadevante Kois,
Nerea Morán y Fernando Prats

Foro Transiciones, Madrid, 2018

397 págs.

El próximo domingo 26 de mayo una parte importante de ciudadanía se presentará ante las urnas en un marco de incertidumbre similar al de las anteriores elecciones municipales, pero con muy distintas ilusiones y expectativas. Los aires de cambio y esperanza renovada que producía la aparición en 2015 de candidaturas municipalistas, portadoras de nuevos discursos y propuestas tras el 15M ya no son tan visibles. En su lugar, en este momento, parece tener más presencia el miedo frente al ascenso de la ultraderecha y la legitimación de un discurso reductor de libertades y derechos que se opone a la fuerza del ilusionante movimiento feminista.

Pero, «¿qué ha sucedido desde las elecciones municipales de 2015? ¿Dónde están nuestras ciudades y municipios? ¿Cómo han evolucionado las principales tensiones y fracturas que afectan a las vidas cotidianas de las personas? ¿Qué pasó con la participación y el ansia de profundizar la democracia? ¿Qué tipo proyectos municipalistas se ha puesto en marcha? ¿Han avanzado nuestras ciudades en la dirección y con el ritmo necesario para afrontar la crisis estructural y multidimensional que afrontamos?» (Fernández Casadevante, Morán y Prats, 2018, p. 15).

Ciudades en Movimiento nos provoca en su prólogo con estas preguntas de difícil respuesta. Probablemente, sean preguntas que una parte importante de la población no llegará a cuestionarse en el contexto actual de diaria urgencia mediática. Probablemente, la mayoría de las

que lleguen a planteárselas basará inevitablemente sus respuestas en percepciones subjetivas vinculadas a visiones preconcebidas, a altas expectativas previas y/o a experiencias cercanas, personales o colectivas.

A pesar del papel fundamental que juegan las políticas municipales en el desarrollo de nuestra vida cotidiana, carecemos frecuentemente de evaluaciones críticas que permitan a la ciudadanía ejercer informadamente su derecho al voto y a las corporaciones locales mejorar en su gestión y avanzar en sus propuestas. Esto además gana peso en un momento en el que, tal y como reflejan los autores, las ciudades se sitúan en el centro del problema y de la posible solución, como centros de concentración de población e información, de poder económico y político, como elementos clave en la acumulación de capital y consumo de recursos y como generadoras de nuevas iniciativas y movimientos de cambio.

El *Manifiesto Última llamada* de 2014 y la publicación *La Gran Encrucijada* pusieron sobre mesa la actual crisis civilizatoria —el incremento de las desigualdades, el retroceso democrático, la situación crítica de los recursos y la creciente conflictividad—. Con esta publicación el Foro Transiciones¹ hace un esfuerzo por dar un paso más acercándonos una visión crítica y objetiva de las aportaciones de las recientes políticas municipales a los cambios necesarios para hacer frente a la transición urbana y de los posibles huecos o vacíos que dejan para conseguirlo.

Es de valorar que J. L. Fernández Casadevante (Kois), Nerea Morán y Fernando Prats en *Ciudades en movimiento* lo hagan además con una propuesta doble. Por un lado, nos acerca a través de su introducción y conclusiones, tanto una reflexión sobre el marco en el que se desarrollan las políticas municipalistas y sus condicionantes, como los resultados de la investigación.

¹ Como indican en su página web, es una iniciativa impulsada por las Fundaciones CONAMA y FUHEM desde finales de 2013 con el objetivo de elaborar, debatir y divulgar, desde la pluralidad, contenidos en torno al cambio de época, la amenaza real de colapso de los recursos, ecosistemas y ciclos naturales que sustentan la vida en el planeta y las propuestas para transitar hacia un estadio en el que los límites de biocapacidad del planeta puedan convivir con niveles de bienestar suficiente en una sociedad más justa y democrática. <https://forotransiciones.org/>

Por otro lado, ofrece a las corporaciones locales, a otras investigadoras y a la ciudadanía un catálogo de fichas de más de 200 políticas municipalistas clasificadas en diez temas clave para la transición urbana,² apoyadas en una revisión documental y valoradas por los colectivos afectados. Además, gracias a breves contribuciones recogidas en su Tribuna, se detiene de forma un poco más pormenorizada en algunas propuestas innovadoras relacionadas con las políticas de género, la regeneración urbana, el turismo y su relación con el derecho a la vivienda o la renta básica, entre otras.

Considerando como punto de partida que la aparición de nuevas candidaturas municipalistas sirvió de estímulo para introducir cambios en las agendas y prioridades municipales independientemente de sus signo o tradición, el análisis se ha concentrado en las políticas de siete ciudades elegidas, además de por su distribución territorial, por representar corporaciones con composiciones, perfiles políticos y trayectorias diferentes: A Coruña, Vitoria, Barcelona, Madrid, Valencia, Sevilla y Málaga.

A falta de una lectura individualizadas por ciudad, que responda en clave local a las preguntas lanzadas en la introducción –ejercicio que queda en manos de la lectora gracias a la inclusión de las fichas de experiencias–, resulta grato comprobar que en todas las ciudades se han puesto en marcha políticas innovadoras en uno u otro campo, a la vez que han ganado protagonismo la participación y la agenda social. En las cuestiones vinculadas a esta última, destaca la propuesta de Renta Social de A Coruña y el trabajo por el derecho a la vivienda en Barcelona, a pesar de no haber conseguido los objetivos deseados, ante la fuerte inercia urbanística y el deseo, compartido con otras ciudades, de mantenerse como destino turístico. En la necesaria búsqueda de ampliar el espacio de las políticas y la autonomía local resultan de

gran interés la remunicipalización de servicios de Málaga y la ordenanza fiscal de Madrid. En la base para introducir una nueva economía urbana, apoyada en una economía social y solidaria, se señalan los avances de Barcelona y Sevilla con monedas locales y las políticas urbanas alimentarias de Valencia. Aunque en todas las ciudades las medidas medioambientales y adaptativas al cambio climático queden en el discurso, lejos de la práctica real, destaca el trabajo de Vitoria y el papel que ejercen organismos independientes como el Centro de Estudios Ambientales de Vitoria, el Observatorio de Medio Ambiente Urbano de Málaga o la Agencia de Medio Ambiente Urbano de Barcelona.

Las conclusiones generales ofrecen una lectura relativamente positiva al considerar que los cambios que han ejercido las políticas municipales innovadoras desarrolladas a lo largo de esta última legislatura van en buena dirección. Sin embargo, ponen el foco sobre un par de cuestiones fundamentales que nos deberían poner en alerta.

Por un lado, consideran que, aunque se han puesto en marcha políticas ambientales de interés, la urgencia ecológica no se ha introducido de forma estructural en las políticas municipales. Ante la ausencia de una coherencia en este aspecto, las políticas de sostenibilidad se han desarrollado en un marco global de lógicas especulativas, consolidado como una normalidad inevitable en nuestras ciudades. Por otro lado y ligado al anterior, pero aún más preocupante, el resultado del análisis muestra una falta de relato y de proyecciones de futuro generalizada.

Tal y como se señal en Ciudades en Movimiento, no podemos perder de vista el escaso margen de movimiento con el que se han encontrado las nuevas corporaciones, limitadas por sus competencias y presupuestos y por unos mecanismos de funcionamiento de la

² Fortalecimiento democrático, Políticas redistributivas, Fortalecimiento de los servicios sociales; Calidad de vida incluyente; Modelo de ciudad; Ciudad sostenible y Resiliente, Nueva economía urbana, Integración territorial, Nuevos relatos urbanos y cooperación inter-ciudades.

administración local neoliberales. Sin embargo, teniendo clara la situación en la que nos encontramos y hacia la que nos dirigimos, cabe preguntarse si los avances positivos producidos en lo local serán capaces de generar un nuevo relato y de impulsar los cambios estructurales necesarios. Esperamos que seamos capaces de conseguirlo a través de la implicación activa «en los problemas del presente, desde los espacios donde se generan y junto a las personas a quienes les afectan, construyendo futuros alternativos que nos permitan hacer del filo de la navaja un camino transitable» (Fernández Casadevante, Morán y Prats, 2018, p. 79).

Ángela Matesanz
Universidad Politécnica de Madrid